

*Tercera armada mandada por Lutacio. – Batalla de Egusa.*

Al mismo tiempo los romanos mantenían su espíritu belicoso. Pues aunque los infortunios, y la persuasión de que con solos los ejércitos de tierra terminarían la guerra, les habían obligado ya casi por cinco años a renunciar completamente a la marina; dándose cuenta ahora de que el efecto no había correspondido a sus intentos, principalmente por la audacia del comandante cartaginés, resolvieron por tercera vez depositar sus esperanzas en las fuerzas navales. Con esta determinación se prometían que, si los inicios eran felices, sería el único medio de poner a la guerra un fin dichoso. Esto fue lo que finalmente resolvieron. La primera vez abandonaron el mar cediendo a los reveses de la fortuna; la segunda derrotados por el naufragio de Drépana, y ahora la tercera tornaron a la empresa, en la que, vencido el enemigo y cortados los convoyes al ejército cartaginés que le venía por mar, concluyeron al fin la guerra. Su arrojo era el principal impulso de esta determinación, pues el erario no podía prestarles auxilio alguno para esta empresa. Mas el celo y generosidad de los principales ciudadanos al bien público hallaron mayores recursos que los que necesitaba el logro. Cada particular, según sus facultades, o dos o tres juntos se encargaron de equipar una galera de cinco órdenes, provista de todo, con sólo la condición de reintegrarse del gasto si a la expedición acompañaba la fortuna. Así se juntaron doscientas galeras de cinco órdenes, para cuya construcción sirvió de modelo la embarcación del rodio. Al comenzar el estío (año -243) salió esta escuadra a las órdenes de C. Lutacio, quien dejándose ver sobre las costas de Sicilia de improviso, se apoderó del puerto de Drépana y de los fondeaderos que había alrededor de Lilibeo, debido a haberse retirado a Cartago toda la armada enemiga. Más tarde sentó sus baterías contra la ciudad misma, y preparó todo lo necesario para el asedio. Mientras hacía todos los esfuerzos por cercarla, preveía que no tardaría en presentarse la flota cartaginesa; y sin descuidar su primer propósito, que sólo un combate naval podría terminar la guerra, ensayaba diariamente y ejercitaba sin interrupción de tiempo inútil u ocioso su marinería en lo que la podía conducir a su designio, cuidando exactamente de lo demás correspondiente a su arreglo; con lo cual de rudos marineros formó en poco tiempo hábiles atletas para la lucha que les esperaba.

Los cartagineses, sorprendidos de que los romanos tuviesen una flota en el mar

y desearan recobrar su dominio, equiparon al punto navíos y los enviaron cargados de granos y demás municiones, con el propósito de que nada de lo necesario hiciese falta a los ejércitos acampados alrededor de Érice. Concedieron a Hannón el mando de esta flota, quien después de haberse hecho a la vela y pasado a la isla de Hiera, anhelaba arribar a Érice sin que lo aperciesen los enemigos, descargar el socorro, alijar sus navíos, tomar a bordo los mejores soldados y partir con Barca a batirse con los contrarios. Conocida la venida de Hannón, Lutacio comprendió sus ideas, tomó los mejores soldados del ejército de tierra y se dirigió a la isla de Egusa, situada al frente de Lilibeo. Donde exhorta a sus tropas como lo pedía la ocasión, y advierte a los pilotos que al día siguiente se daría la batalla. Al amanecer del otro día advirtió que a los cartagineses les soplaban un próspero y favorable viento, y que el aire contrario y la mar entumecida y alborotada dificultaban la navegación a los suyos. Al principio dudó qué partido tomar en tales circunstancias, mas reflexionando que si probaba fortuna durante la tempestad únicamente tendría que habérselas con Hannón, con las tropas que conducía y con los navíos cargados; y que, por el contrario, si esperaba la bonanza y permitía con descuido que los enemigos pasasen y se incorporasen con los ejércitos de tierra, tendría que pelear con navíos ligeros y alijados, con la flor de las tropas de tierra y, lo que es más que todo, con el intrépido Amílcar, que era lo que más había que temer, decidió aprovecharse de la ocasión presente. Observando, pues, que los enemigos navegaban a toda vela, sale del puerto rápidamente, supera la destreza del marinero con facilidad la resistencia de las olas, despliega al instante su armada sobre una línea y espera vuelta la proa al enemigo.

Los cartagineses, tan pronto advirtieron que los romanos les habían cortado el rumbo, amainan las velas, se alientan mutuamente en los navíos y vienen a las manos con los contrarios. Era muy diferente el aparato de las dos armadas respecto del que habían tenido en la batalla naval de Drépana; no es de extrañar que el éxito de la acción fuese también diverso. Los romanos habían aprendido el arte de construir navíos, habían desembarcado toda la carga, a excepción de la necesaria para el combate; su marinería, amaestrada de antemano, les prestaba una gran ventaja; tenían a bordo lo mejor de las tropas de tierra, gentes que no sabían volver la cara al peligro. De parte de los cartagineses todo era al contrario. La sobrecarga inhabilitaba a los navíos para el combate; la marinería era absolutamente inexperta y puesta a bordo como se había presentado; los soldados recién alistados, y la primera vez que experimentaban los trabajos y peligros de la guerra. Habían considerado con desprecio y abandono la marina, por suponerse que los romanos jamás pensarían recobrar el imperio de la mar. Por cuyo motivo, inferiores en muchos grados de la acción, fueron vencidos con facilidad al primer choque. Cincuenta de sus navíos fueron hundidos, setenta apresados con sus tripulaciones, y los demás no se hubieran salvado en la isla de Hiera desplegadas las velas y viento en popa si una feliz e inopinada mutación de aire no les hubiera ayudado en el momento crítico. Tras esto, el cónsul romano marchó al ejército que estaba en Lilibeo, donde tuvo una ardua labor en el arreglo de los navíos y prisioneros que había tomado; no eran muchos menos de diez mil los que había cogido vivos en esta batalla.